



Bofill

19º Certamen “San Agustín” de Cerámica

María Bofill: Arquitectura de paisaje

Avilés, 9 de octubre / 6 de noviembre de 2013
Centro Municipal de Arte y Exposiciones

COORDINACIÓN DE LA EXPOSICIÓN:

ANABEL BARRIO
RAMÓN RODRÍGUEZ

TEXTOS:

RAMÓN RODRÍGUEZ

ORGANIZA:

MUSEO/ESCUELA MUNICIPAL DE CERÁMICA DE AVILÉS

FOTOGRAFÍAS:

GUILLEM FERNÁNDEZ-HUERTA (PÁGS. 1, 9, 11, 12, 13,14, 15, 16, 17, 18,
19, 20, 21, 22 Y 23)

PAU AGUILAR AMORÓS (PÁGS. 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34,
35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45 Y CUBIERTA)

DISEÑO CATÁLOGO:

r&r design

IMPRIME:

GRÁFICAS RIGEL, S. A.

DEPÓSITO LEGAL:

AS-02979-2013

El pasado año nuestro “Certamen San Agustín de Cerámica” ofrecía por primera vez, siempre remarcando aquel su espíritu no competitivo ya presente en sus inicios, una muestra individual: la de la ceramista catalana Madola. En la presente ocasión, su decimonovena convocatoria, vuelve a ofrecernos la posibilidad de contemplar en Avilés la de otra de las más prestigiosas ceramistas en la actualidad, también catalana, como lo es María Bofill y a quien tuvimos la oportunidad de saludar el año pasado pues fue -en un gesto que debería repetirse más a menudo y en cualquiera de las actividades humanas- compañera de su colega a quien asistió y secundó en el paso por nuestra ciudad aún sabiendo que no era la protagonista.

De la calidad y de la importancia de la trayectoria en el mundo de la cerámica de María Bofill nos habla un curriculum extenso y, podría decirse, mundial. De su calidad humana ya tuvimos muestra en los breves momentos que compartimos con ella en la convocatoria de 2012. Y de su magisterio dan cuenta las casi cuatro décadas en las que fue profesora de la Escuela Massana y los numerosos simposios y cursos donde ha ejercido de artista invitada en gran número de países. Ahora la tenemos aquí entre nosotros, tanto a su obra -de la que me dicen que es tan intimista como universal- como a sus lecciones que sin duda sabrán aprovechar los alumnos y alumnas de nuestra veterana Escuela Municipal de Cerámica.

Pilar Varela Díaz
Alcaldesa de Avilés

María Bofill o la grandiosidad de lo pequeño

“Todo lo grande comienza siempre pequeño.

Por eso el sabio nunca hace nada grande
y realiza lo grande, sin embargo.”

Lao-Tse

Hace años, cuando el Tao-Te-Ching era poco menos que el libro de cabecera de muchos de nosotros, nos sabíamos de memoria citas y más citas del librito –grande en su pequeñez- y confieso que ahora he tenido que rebuscar para colocar la frase de la entradilla. Apenas vistas las obras que María Bofill iba a mostrar en esta exposición fue lo primero que se me vino a la cabeza y tan solo podía recordarla en su versión más reducida: “Ejecuta lo grande comenzando desde lo más pequeño”. Eso, precisamente es lo que me sugería la contemplación de aquellas diminutas piezas que, sin embargo, representaban edificios, tierras de cultivo, jardines, cerros, montañas, olas, el mar, las nubes, el cielo... todos son temas presentes en las porcelanas de María Bofill. Quien lea los títulos de sus trabajos y no esté familiarizado con la obra de esta singular ceramista pensará, automática y erróneamente, en grandes piezas que habrán precisado de descomunales formatos para tratar de reflejar aquello a lo que dan cuerpo. Paradójicamente sus piezas son mínimas, tanto que incluso las de mayores dimensiones, realizadas con la yuxtaposición de elementos que se agrupan para la consecución del asunto –el mar embravecido o un cielo repleto de nubes- son escasamente cercanas al metro y, no obstante, nos remiten a vastas superficies, nos sumergen en sus ondulaciones o nos hacen volar ingravidamente entre los vapores que reproducen materialmente. Y ahí radica, algo que continuamente recalcan críticos y exégetas de la obra de la artista, el espíritu de una obra que desde lo mínimo es capaz de transmitirnos el concepto de lo inmenso.

Y cuando se dice mínimo es porque lo es en todas las acepciones del término: es mínima por pequeña; es mínima por haber sido despojada de todo aquello que resulta

prescindible para expresarse; es mínima porque de todo lo representable tan solo recoge lo esencial y es mínima porque incluso lo es en su elaboración y en su cromatismo. Por el contrario, es grande en contenidos, en ideas, en conceptos, en orden y en énfasis. Y cuando lo esencial y lo ideal se juntan, como sucede en las pequeñas piezas de María Bofill, no exageraríamos nada si decimos que de ello resulta una explosión visual que, de nuevo los opuestos, va a afectar más a nuestro espíritu que a nuestros ojos. Las obras describen, las más de las veces, amplios paisajes o monumentales construcciones, pero en ocasiones se empequeñecen sin dejar de serlo para transmitirnos un concepto que nos obliga a acomodar la mirada para encontrarlos dentro de lo que es una idea poética. Eso sucede cuando a la artista se le ocurre encerrar un manantial, cercar el mar, hacer que un pez cruce una nube o tender escalas para que las nubes se acerquen al suelo. La mirada, que siempre ha de ser sosegada y profunda, se hace entonces cómplice de ese proceso de epítomes que nos plantea la artista intentando llegar a esa propuesta tan rigurosa como entrañablemente lírica, tan austera como profundamente brillante.

Y todo viene de lejos, desde que hace más de treinta años emprendiese ese “combate y complicidad” con la porcelana, el material del que se vale y al que sabe extraer su energía; en numerosas ocasiones sin otro artificio que el de la natural iridiscencia de la pasta y en otras con la aportación de un cromatismo esencial de azules, negros y oros en una innegable evocación de su siempre presente mediterraneidad. Y si bien el Mediterráneo es su raíz, su cuna y su eje vital, no debemos dejar de lado una formación que pasa por la búsqueda de lo cualitativo propia de su paso, tanto de alumna como de profesora, por el mundo sajón y aquella otra que le acercó a la introspección y a la pulcritud en su deambular por el Oriente. María Bofill, antes lo hemos dicho, es una artista que puede parecer paradójica pero no en el sentido de serlo incoherente o contradictoria; se vale de la paradoja para reafirmar su idea de que lo pequeño, lo aparentemente nimio e intrascendente, puede llegar a alcanzar

valores cercanos a lo sublime, algo ciertamente dificultoso para cualquier mortal. Quizá lo consiga, tal como alguien escribió en un texto, porque a veces se nos “presenta como una sacerdotisa invocadora del pasado y creadora de laberintos y espacios intimistas o melancólicos”, pero acaso sea más correcto, a mí me lo parece, concederle la categoría de alquimista, lo que eran aquellos personajes que intentaban obtener, entre otras cosas, lo más valioso, el oro, a partir de elementos pobres. Pues algo así consigue María con sus piezas, una maravillosa transformación, la de elevar un trozo de tierra a la categoría de obra de arte, la de convertir materia en espíritu.

Y vista la obra nos resta volver la mirada a la artista, a la persona que es capaz de obrar prodigios. Desde tiempo atrás -y desconozco el real motivo de mi parecer- María Bofill me parecía una artista tan distinta como distante. Cierto que siempre faltó el contacto directo, algo que resulta primordial en el conocimiento de las personas, pero si bien apreciaba y sentía sus realizaciones, como aquel espléndido *Laberint* que desde 1996 atesora la recóndita colección del Museo de Cerámica de Avilés, algo me separaba de ella. No sabría encontrar el porqué, pero al igual que con sus creaciones bastó una aproximación para refrendarle la categoría de distinta y cambiarle la de distante por otra más acertada: entrañable. Aquella mujer que se dejaba cautivar por los bosquecillos de las cercanías de Avilés, que se impresionaba ante la contemplación de un mar tan distinto del suyo desde el elevado tajamar del Cabo Peñas o que se sentía hechizada por un rayo de sol que se abría paso entre los nubarrones de un horizonte cantábrico infinito no podía ser, de ninguna forma, distante. A partir de ahí supimos profundizar, más si cabe, en todas y cada una de sus pequeñas piezas -los resquebrajados Pirineos, el jardín negro del ciprés dorado, las lavas con las que hace emerger un insólito color rojo, los cerros que surgen de las ondulantes aguas de un lago- hasta conseguir hacernos llegar, por las intrincadas sendas de sus laberintos, a esa grandiosidad perseguida por todo artista y, como Lao Tse, reconocer lo bello como lo bello.

Ramón Rodríguez

Maria Bofill (Barcelona, 1937)

Estudios de cerámica en la Escuela Massana de Barcelona; Hammersmith College of Art and Building, Londres; Sunderland Polytechnic of Art and Design, Sunderland, Inglaterra; Kyoto City University of Arts, Kyoto.

Profesora de Cerámica en la Escuela Massana, 1965-2002; Profesora invitada Facultad de Artes Plásticas, Universidad Veracruzana, Xalapa, México, 1976-1977; Profesora invitada curso de primavera, Hartwick College, Oneonta, NY. 1979; Profesora invitada, curso de verano, Haifa University, Israel, 1992.

Ceramista invitada en International Ceramic Symposium, Bechyne, República Checa; 2ª Triennale Internationale de la Porcelaine, Nyon, Suiza; European Ceramics Workcentre, S'Hertogenbosch, Holanda; Atelier de Céramique Artistique Méditerranée, Hammamet Túnez; Seminario de estudios de Sargadelos, Lugo; International Ceramic Symposium, Siklos, Hungría.

Desde 1962, ha realizado exposiciones individuales y colectivas en distintos lugares de España y del extranjero.

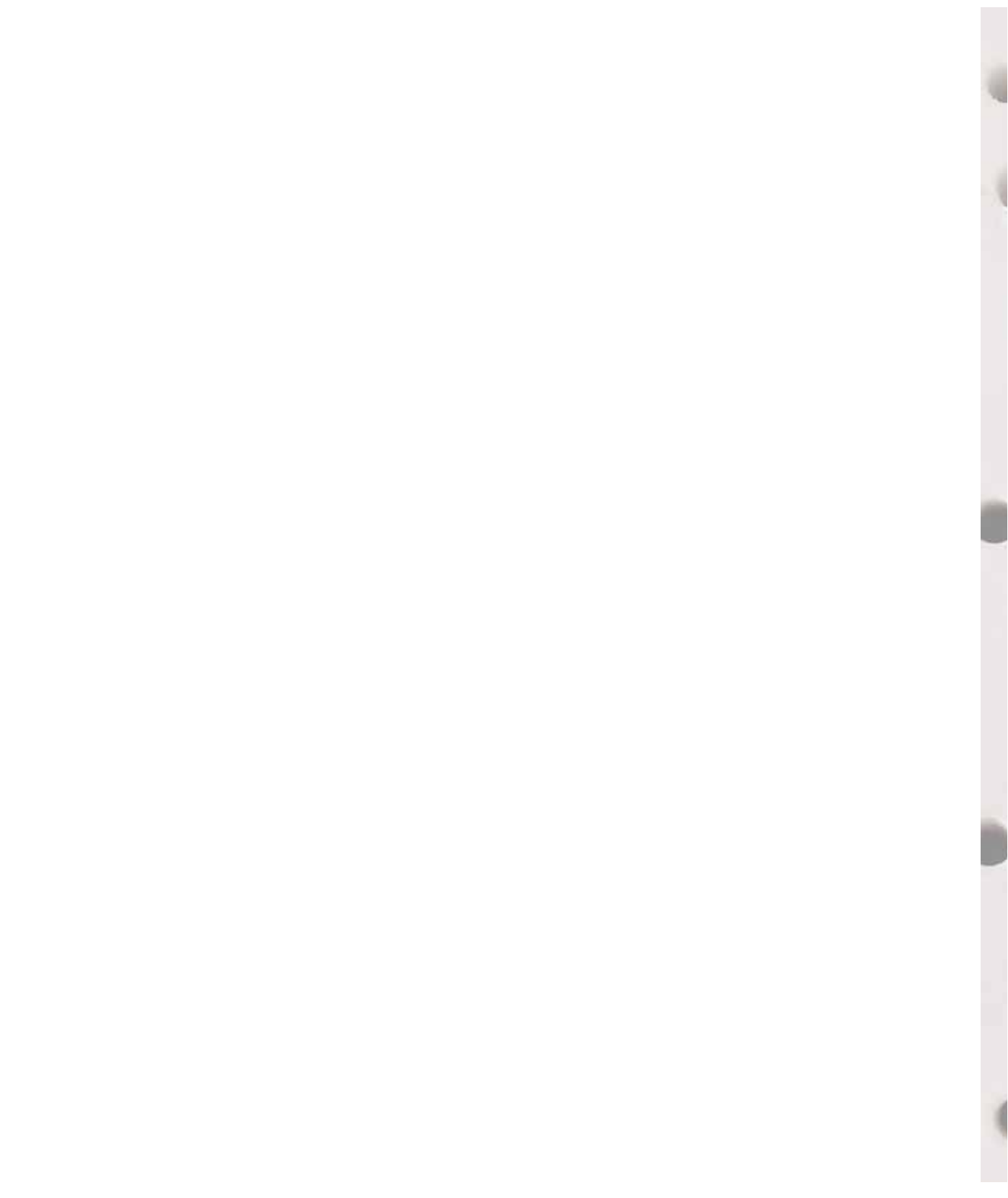
Ha sido becaria de la Diputación de Barcelona para ampliación de estudios en Inglaterra; Beca extraordinaria de la Dotación de Arte Castellbanch para cursar estudios en Kyoto City University, Japón; Beca de la Generalitat de Catalunya, para investigación sobre esmaltes; Beca adquisición de piezas por el Ministerio de Cultura, Madrid; Beca de la Generalitat de Catalunya para investigación de la porcelana en Japón.

Desde 1981 es miembro de la Academia Internacional de Cerámica, Ginebra.

Desde 1980 realiza su obra en porcelana.

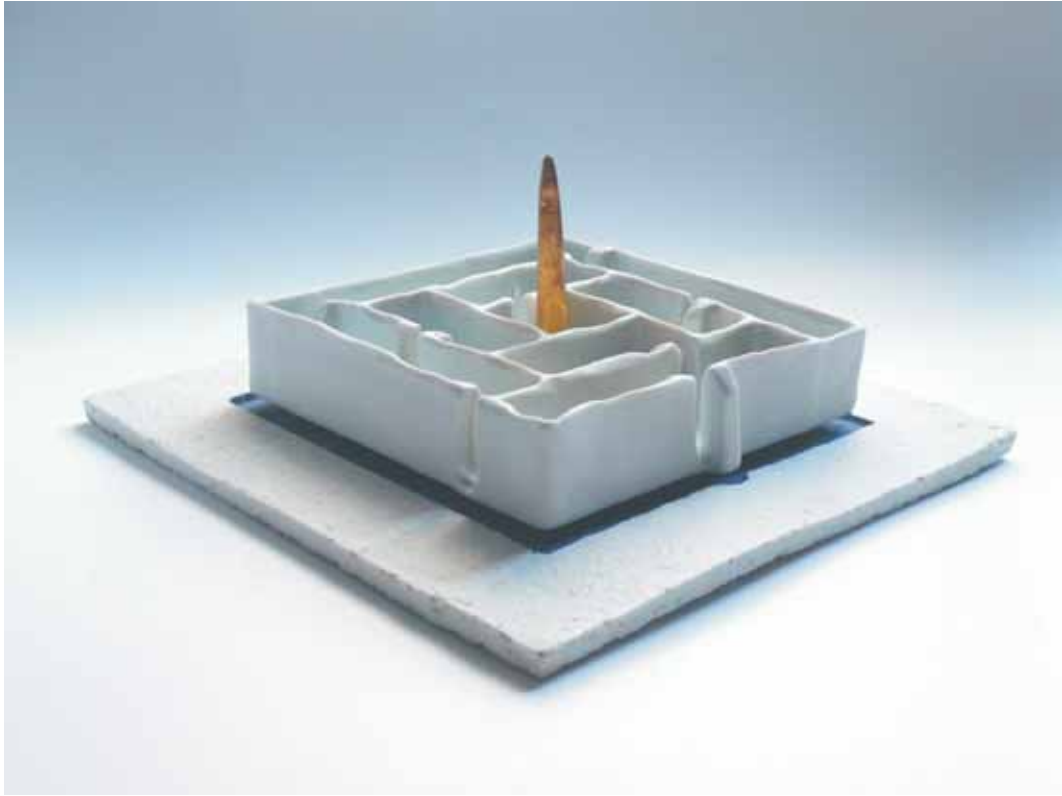


MARÍA BOFILL



bofill

María Bofill: Arquitectura de paisaje



Jardín laberinto, 2002.
Porcelana, esmalte, engobe y oro, realizado con planchas.
10x26x26cm.



Laberinto A, 2002.
Porcelana esmaltada, realizada con planchas y churros.
12x26x26 cm.



Hungría 2003.
Porcelana, realizada con planchas y churros.
14,5x21,5x23 cm.



Laberinto E, 2004.
Porcelana esmaltada, realizada con planchas.
8,5x22,5x16,5 cm.



Laberinto F, 2005.
Porcelana esmaltada, realizada con planchas.
7,5x24x11 cm.



Laberinto C, 2005.
Porcelana esmaltada, realizada con planchas y churros.
9,5x22x17 cm.



Colinas, 2007.
Porcelana, sin esmalte, realizada con planchas.
9x20x12 cm.



Altar, 2009.
Porcelana esmaltada, realizada con planchas y churros.
6,5x23x19 cm.



Cultivo azul. 2009.
Porcelana esmaltada y engobe, realizada con planchas.
5x33x24 cm.



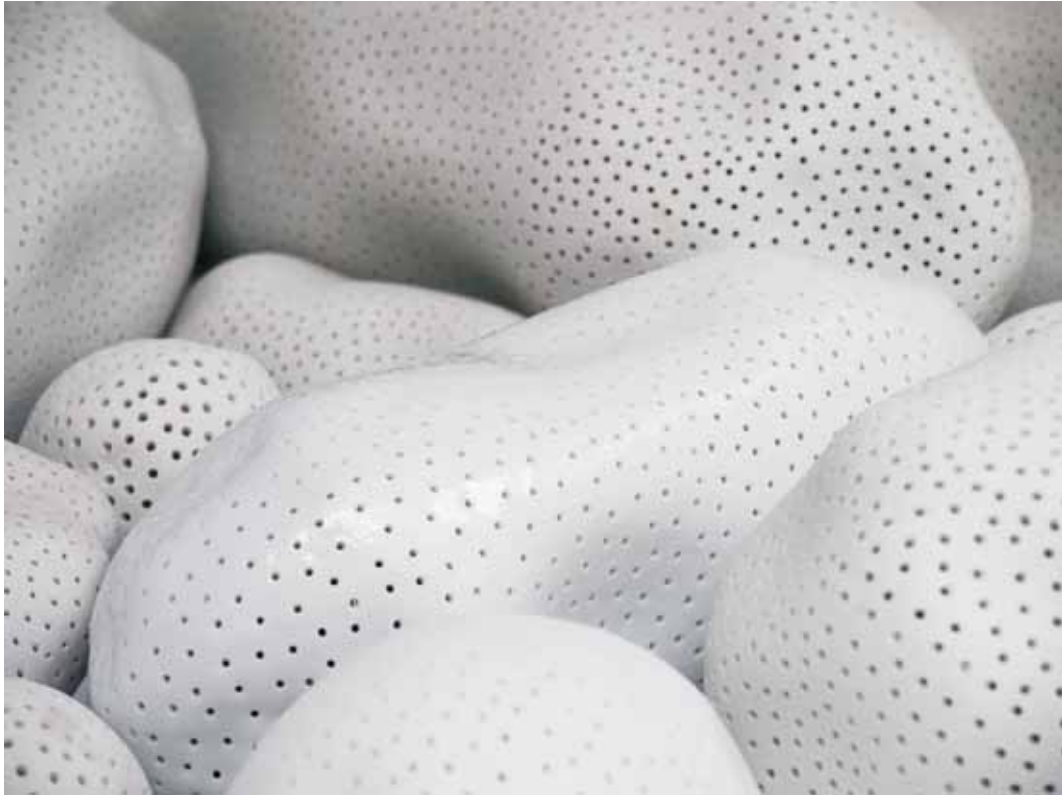
Cerro y lago, 2009.
Porcelana, esmalte y engobe, realizada con churros.
7x30x20 cm.



Mar gruesa, 2009.
Porcelana sin esmalte, realizada con planchas.
5x88x27cm. (variables)



3 nubes, 2011.
Porcelana y esmalte, realizado en planchas.
17x16x10,5 cm.



Nubes, 2007/2008.
Porcelana y esmalte, realizado con planchas.
14x83x37 cm. (variables)



Escaleras, 2009/2013.
Porcelana realizada con planchas.
Ø26x8 cm.



Cantal, 2009/2013.
Porcelana.
7xø16 cm.



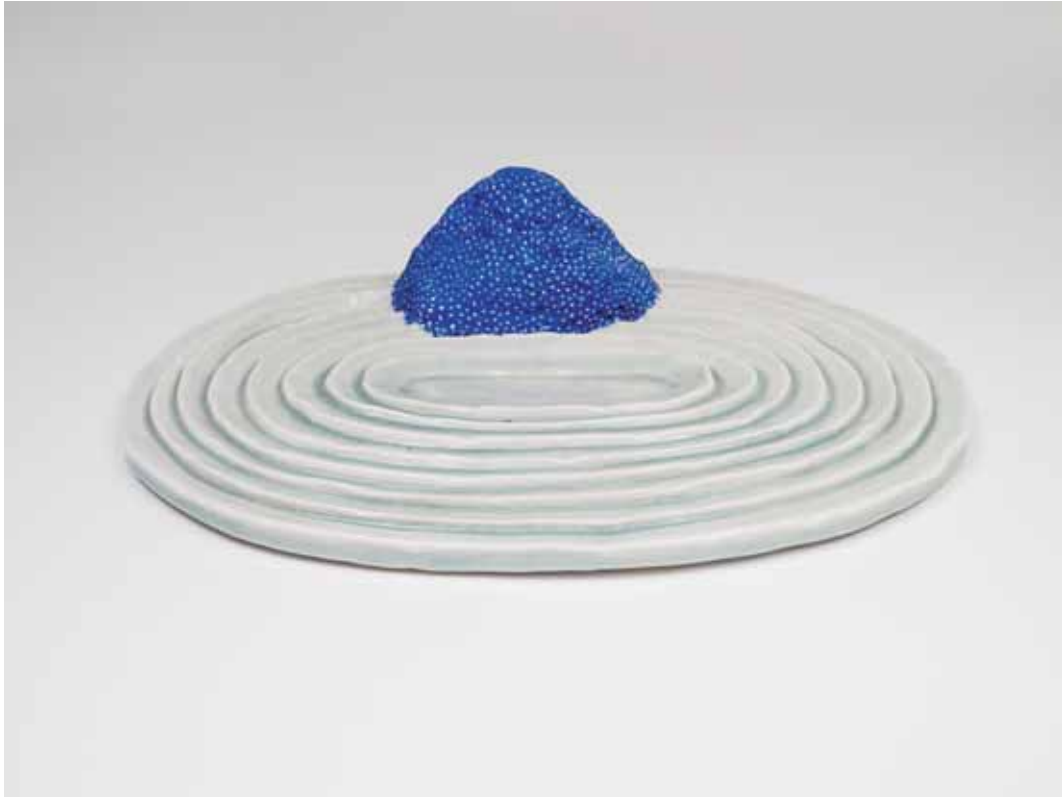
Balsa, 2010.
Porcelana y esmalte, realizado con planchas.
4,5x27x22 cm.



Manantial, 2010.
Porcelana, esmalte y engobe, realizado con planchas y churros.
8x21x21 cm.



Mar cercado, 2013.
Porcelana y esmalte, realizado con planchas.
3x24x24 cm.



Lago, 2011.
Porcelana, esmalte y engobe, realizado con planchas y churros.
8x34x25,5 cm.



Mares, 2013.
Porcelana, esmalte, engobe y oro, realizado con planchas.
4x44x20 cm.



Ara, 2013.
Porcelana y esmalte, realizado a planchas.
3,5x22x22 cm.



Arquitectura con jardín, 2013.
Porcelana esmaltada y engobes, realizada en planchas.
20x22,5x30 cm.



Pirineos, 2013.
Porcelana esmaltada y engobe, realizado a planchas y churros.
12x30x22 cm.



Jardín negro, 2013.
Porcelana, esmalte, engobe y oro, realizado a planchas.
12x21x26,5 cm.



Colinas azules, 2013.
Porcelana, esmalte y engobe, realizado a planchas.
4x33x25 cm.



Ciprinus carpio, 2013.
Porcelana y esmalte, realizado a planchas.
10x37,5x30,5 cm.



Pez cruzando una nube, 2013.
Porcelana de colada, engobe y churro.
11x38x10 cm.



Pequeños volcanes, 2013.
Porcelana esmaltada, realizada a planchas.
8x27,5x20,5 cm.



Paisaje con montañas, 2013.
Porcelana esmaltada y engobe, realizada a planchas.
10x24x21 cm.



Cúmulos al amanecer, 2013.
Porcelana, esmalte y engobe, realizado a planchas.
6x29x16 cm.



Línea azul, 2013.
Porcelana realizada a planchas
5x21x21 cm.



Umbral, 2013.
Porcelana y esmalte.
14x28,5x26 cm.



Muros en el jardín, 2013.
Porcelana y esmalte, realizado con planchas.
9x23x19,5 cm.



Nubes y claros, 2013.
Porcelana, realizado con churros.
20x25x30 cm. c/u (7 módulos)



Nubes y claros.
Detalle

Este catálogo terminó de editarse el 5 de octubre de 2013, día en el que se cumple el trescientos aniversario del nacimiento de Denis Diderot, enciclopedista y pionero de la crítica de arte, el mismo que dijo: "Gracias a la extrema confianza que tengo en mi razón, mi fe no está a merced del primer saltimbanqui. "

